

Reeditan la primera novela de Armando Méndez Carrasco, "El mundo herido"

# La vida oscura y deslumbrante de Curipipe, Pitopán y Timbirita

El libro, publicado en 1955, narra las miserias y alegrías de niños pobres en los cerros bravos de Valparaíso.

LEONARDO SANHUEZA

El escritor Armando Méndez Carrasco ha ido recordando con fuerza un lugar destacadísimo en el realismo social chileno, luego de más de medio siglo en que estuvo confinado a una especie de segunda o tercera división de nuestra literatura. Como la de Alfredo Gómez Morel, su obra surgió casi directamente de su vida, con temas y personajes espinudos, que salían del mundo del hampa, la prostitución, la calle, la noche sin ley, mostrando sin moralina la crudeza de los bajos fondos y, también, la potencia de sus valores humanos. Sus libros, a pesar de que casi siempre fueron autoeditados y vendidos al margen de las instituciones literarias, batieron en su tiempo todos los récords de popularidad, agotando una edición tras otra hasta filtrarse en la memoria colectiva: *Chicago chico*, *Cachetón Pelota*, *Juan Firula*. Ahora Tajar Editoros trae de vuelta la primera novela de Méndez Carrasco, *El mundo herido*, en una edición preparada y



Los libros de Méndez Carrasco son marcadamente autobiográficos.

prologada por Juan Andrés Piña. Publicada originalmente en 1955, no sólo prefiguró las siguientes novelas del autor, sino que abrió las puertas de todo un mundo literario hasta entonces inexplorado: los bajos fondos contados por sus protagonistas.

Marcadamente autobiográfico, el libro de Méndez Carrasco es una novela de iniciación, cuyo protagonista, Guillermo González, alias el Curipipe, pasa su infancia y adolescencia en los cerros bravos de Valparaíso, llevando como mejor puede su destino, que rara vez le ofrece otra opción que la de volverse un delincuente. En barrios de familias rotas por la pobreza, el hambre, el alcoholismo y la falta de expectativas, Curipipe comprende muy pronto que ser bueno, generoso, leal o justo no es garantía de nada en el cuartel de la policía o en las garras de la miseria.

"No son malos", repite Curipipe cada vez que le preguntan por sus amigos Pitopán y Timbirita, dos palomillas con los que comparte alegrías y penurias, como también aventuras de nacientes pandilleros, mendigos y buscavidas, "siempre descalzos, pelucos a veces, rasurados al cero otras tantas, pantalones ojeros, sebiesos, dejaban traslucir sus carnes y sus sexos". Son niños que no se quejan de la indiferencia social, sino que la sobre-

## Superventas censurado

Aunque fue despreciada por décadas como "subliteratura", la obra de Méndez Carrasco se las arregló para darles cancha, tiro y lado a los superventas de su época. Su uso intenso del coa era mal visto, tanto así que, después del golpe militar, sus libros fueron prohibidos y sacados de circulación. Acorralado de esa manera, Méndez Carrasco se las emplumó a California, Estados Unidos, donde comenzó una nueva faceta creativa: se hizo pintor.

llevan con "una tristeza marcada a fuego, entremezclada con sonrisas burlonas, artísticas", en una "tela perfecta que muy pocos mortales podían entender".

Curipipe hace equilibrio entre sentir cabeza como hijo de un matrimonio que se cae a pedazos y el mundo de sus amigos en los cerros. Así se enfrasca en una épica batalla campal contra otros muchachos, convirtiéndose en héroe impensado de esa jornada inolvidable, pero en esos caminos también conoce la brutalidad policial y abusos de sacerdotes. Conoce el amor de Margarita, pero también se estrella contra la realidad cuando esa chiquilla termina literalmente pudriéndose a causa de las enfermedades venéreas y otras desgracias de la prostitución callejera. La existencia en ese "mundo herido" es cruel, pero Méndez Carrasco no la mira con lástima; más bien admira la fuerza de esos pequeños héroes de una "vida oscura y deslumbrante".



Roberto Merino

## Un león ofuscado

### PISTA RESBALADIZA

Ya no me da la paciencia para el moralismo insufrible que infiltra todos los ámbitos de la sociabilidad en función de un déficit reflexivo.

Una vez fuimos con mi papá al zoológico, presumo que para las vacaciones de invierno de 1971, aunque ese año hubo una nevazón y de ese día recuerdo más bien un sol débil alumbrando pálidamente la tarde seca y silenciosa. No hacía mucho frío, quiero decir. En el foso de los monos —que tenía algo de la piscina Mundt de antes en la avenida Grecia— vivimos a Julio Martínez, con camisa celeste y el identitario bigotillo, mirando el show que esos monos hacían siempre. Eran chimpancés, provocativos con el público, en el que buscaban despertar las risas. Uno de ellos se tiraba sobre una plataforma de palo emulando la pose de una mujer que se broncea en la playa. El papá mono o macho alfa tenía una puntería maravillosa: si alguien le lanzaba una piedra en vez de una fruta la devolvía instantáneamente desde el fondo del foso, directo a la cabeza del bromista.

Mi papá me dijo por Martínez: "Te aseguro que esta noche en el comentario de la televisión va a hablar sobre el zoológico". Yo tenía nueve años y sentía sin formularlo que a mi vida le faltaba algo de densidad, como que

los sucesos aparentemente históricos siempre pasaban lejos de mis círculos. Había cosas, es cierto, pero del siglo XIX, un siglo incomprensible para un niño de cualquier época. Entonces estuve expectante, esperando más de la cuenta la hora de las noticias, donde Martínez hablaba. Apareció y no dijo nada del zoológico, creo que le hizo un homenaje a Marlene Arens o destacó la probidad de Sabino Awad.

Fue una tarde extraña esa de 1971, de la cual no tengo la fecha exacta. Es curioso, en los primeros años de mi vida mis salidas al mundo fueron con mi mamá, cuyas explicaciones sobre las cosas que me dio en ese momento son las que uso hasta ahora. Luego, a partir del 70 o 71, fue reemplazada por mi padre. Es como si se hubieran turnado deliberadamente.

El hecho es que nos acercamos a la jaula del león, ya en un cierto declive del aburrimiento. Nos acomodamos en la barrera de protección. La jaula era mínima, una espantosa tortura para un animal de extensos territorios. El león era, por cierto, muy hermoso. El dora-

do oscuro, la piel pelada y dura alternada con la melena gigantesca, la mirada severa, el porte de la cabeza, en fin, producía la fascinación de los individuos de su especie, que es la misma del abismo. Empezó a caminar en círculos.

A mi papá se le ocurrió tirarle una bocanada de humo en la cara cada vez que pasaba cerca. Era una broma molestosa pero hecha desde la simpatía, una forma de interactuar. No me interesa cómo sea entendido el acto "en la sensibilidad de hoy". Ya no me da la paciencia para el moralismo insufrible que infiltra todos los ámbitos de la sociabilidad en función de un déficit reflexivo. Fueron tres o cuatro bocanadas y el león rugía un poco para sus adentros. Como entendía sus límites —la reja— y sabía que no podría desmembrar al insolente con una sola arremetida, lo que hizo fue lo siguiente: se detuvo súbitamente, levantó una de las patas traseras y meó a mi padre de arriba hasta abajo. Quedó estilando. Yo me habría reído pero estaba asustado. Partimos corriendo cerro abajo hasta el paradero de taxis que había por el lado de Pío Nono.